



A parte de los pecios de las naves que en su día, en época romana, se hundieron con cargamentos completas de arte en mármol y bronce (Mahdia y Antheor), ningún otro trabajo de arqueología submarina en el Mediterráneo ha despertado tanta atención del público como lo fue la excavación de los restos y cargamento de una nave oneraria (carguera comercial) cargada de ánforas que se halló ante las rocas del Grand Congloué, cerca de Marsella.

Gracias a la divulgación que el Comandante Cousteau, y los medios publicitarios en general, hicieron de los hallazgos que allí se hicieron y que fueron estudiados por el malogrado Dr. Benoît, hay mucha gente que está informada de las ánforas vinarias con la marca SES y sabe que existió una familia SESTIUS que tuvo una destacada importancia en el comercio de los vinos de la región de Nápoles (Campania), exportándolos mayormente a las Galias por cargamentos enteros. Al parecer fueron varias generaciones de Sestius y varias ramas de la familia los que se dedicaron a este comercio, pues así lo hace suponer la persistencia de la marca SES durante aproximadamente un siglo y que esta marca estuviera acompañada de un símbolo adicional variante, un tridente, un ancla, una estrella y

Un primer hallazgo de ánfora estampillada S E S



otros. Estas marcas con su símbolo se sellaban sobre la pasta blanda de las ánforas, antes de cocerlas, y se conocen estampilladas sobre el labio, el cuello y la base del cuello.

A pesar de que estas ánforas, que clasificamos como forma 1 de la tabla Dressel y corresponden al siglo I antes de nuestra Era, han aparecido en muchos lugares de España, no se conocía hasta ahora ninguna que llevara la estampilla SES, lo que parece demostrar que la familia Sestius no comerció con nuestro país.

El día de Reyes de 1971, estando prevista una exploración submarina en el yacimiento que está al norte de la Punta Salinas, en la costa de Torroella de Montgrí, provincia de Gerona, resultó que el mar estaba demasiado movido para que la embarcación pudiera esperar encima del punto de inmersión, por lo que se acordó que esperara en la protección al sur del promontorio y que la inspección sobre el yacimiento se acortaría para

dar tiempo de rodear por el fondo la Punta Salinas y salir del agua al lado de la barca.

Al regresar siguiendo el límite entre rocas y el fondo de arena, apercibí, en un claro entre rocas, una forma ovalada entre la grava gruesa del fondo. Encima crecían unas hermosas gorgonias amarillas. Siguiendo la costumbre la analicé y comprobé que se trataba de un ánfora muy enterrada. No había aire para más en la escafandra. Una vuelta por encima para recordar el sitio y luego, elevándome sobre el fondo, en natación rectilínea hacia la barca buscando buenos puntos de referencia. Hubo suerte. La dirección que llevaba me hizo pasar paralelo a la base del acantilado. Ya tenía una referencia buena para volver a encontrar el ánfora.

Haciendo un domingo siguiente el camino a la inversa empecé su excavación, dejándola preparada para izar en la próxima ocasión. Era un ánfora sin cuello, pero inconfundible de la forma 1 de la tabla de Dressel. Esta vez llevaba una boya por cuyo cabo subí a la superficie donde me esperaba la barca. El patrón, Pedro Muñoz, tomó buenas señas para poder bajar la próxima vez directamente encima del hallazgo.

Así se hizo, llevando un gancho de hierro, una cuerda y un globo, pues al ser el ánfora sin cuello era difícil de amarrar. Entrando el gancho por el orificio del cuello roto y usando el pie como extremo contrario se hizo una buena ligada, fijando el globo en la posición adecuada, hinchándolo luego con el aire de la boquilla hasta que faltó poco para que arrastrara el ánfora. Después de estos preparativos subí a superficie desarrollando la cuerda y allí me encontré con que entretanto había entrado viento del sur. Quedaba pues justificado de nuevo el sistema de trabajo completamente autónomo en el fondo, sin conexión con la barca, pues así ésta se había podido refugiar detrás de la roca en un punto desde el que podía vigilar la zona de inmersión. Ahora acudió, subí a bordo y empecé a izar el ánfora. Después

del pequeño esfuerzo para levantarla unos metros del fondo, empezó a subir sola, pues al disminuir la presión se expandió el aire en el globo, llenándolo y dando suficiente flotabilidad. Recogiendo la cuerda a la velocidad cada vez mayor a la que subía el globo empezamos a preparar la barca para arrastarlo con el ánfora colgando hacia aguas más calmas, y así se hizo en el momento en que la bola roja del globo rompió la superficie.

Una vez en tierra, y limpia el ánfora en su interior, del que no había salido nada de interés, se inició su limpieza exterior conservando las gorgonias por su efecto decorativo.

Sacando incrustaciones apareció, cerca del cuello roto, un sello «ante coctem», es decir estampillado antes de cocer el ánfora, de unos 30 mm. de largo por 18 de alto en que pudimos leer SES, aunque la E y la segunda S estaban algo deterioradas por una huella en forma de media caña producida probablemente por una ramita de la leña para el horno.

Tenemos pues una estampilla SES seguida del signo del ánfora. Este tipo de estampilla es muy conocido, pero el que tenemos ofrece la variante de que el ánfora está con las uñas hacia arriba, mientras que en las otras estampillas la posición es inversa, con la cruz del cepo en la parte alta.

No podemos saber como esta ánfora ha podido llegar hasta aquí, pero como que un ánfora vacía, echada al mar, flota con la boca hacia abajo, puede sostenerse mucho tiempo en flotación hasta que llega a unas rocas en que rompa el cuello. En aquel momento el ánfora gira y queda con la abertura hacia arriba, pudiéndose llenar de agua y hundirse. Las corrientes marítimas delante del sector norte de la Costa Brava son mayormente de noroeste y también lo son los vientos más potentes y duraderos, los gargaless. Puede pues ser que esta ánfora haya caído al mar muy lejos del punto en que se halló.

